

Nunca olvidaré tu nombre

Ignasi Llorente

Ilustraciones de Maria Palet



Primera edición: febrero de 2018
© del texto: Ignasi Llorente Briones
© de las ilustraciones: Maria Palet Tort

© de esta edición:
9 Grupo Editorial
Lectio Edicions
C/ Muntaner, 200, ático 8ª - 08036 Barcelona
Tel. 977 60 25 91 - 93 363 08 23
lectio@lectio.es
www.lectio.es

Diseño y composición: Nèlia Creixell
Impresión: GPS Group
ISBN: 978-84-16918-28-7
DL T 10-2018

Nunca olvidaré tu nombre



Ignasi Llorente

Ilustraciones de Maria Palet

ediciones
Lectio



★
A Wei-Lin le encantaba el sonido de la flauta de su abuelo. Era una flauta de siete agujeros hecha con el hueso de una grulla de cabeza roja. Cada noche, Pan-Fu le pedía a su nieta que le diera el tono y cuando esta empezaba con un suave “fuuuu”, él tocaba un rato aquel instrumento mientras el resto de la familia escuchaba en silencio el sonido dulce y delicado saliendo de aquel fémur de pájaro.

★
Wei-Lin todavía era pequeña para determinados trabajos, sin embargo ayudaba en todo lo que podía a sus padres y a su hermano mayor sin quitar nunca los ojos, ni las orejas, de su abuelo. A menudo, cuando se dedicaba a separar los granos de mijo, su padre tenía que recordarle que podía escuchar sin dejar de trabajar.

Por la noche, su padre afilaba las hachas de sílex que usaban para segar ese cereal o el arroz salvaje, cada vez más abundante en las zona húmedas. Su hermano, Nian-Zu, también estaba siempre atento a la música del abuelo mientras molía los granos de mijo y arroz para que su madre preparase un primitivo pan a base de harina y agua pero todavía sin levadura.

Los brazos de Pan-Fu ya no eran tan fuertes como antaño y no podía ayudarles mucho, por eso procuraba animarles con aquella historias que tanto gustaban a sus nietos y de las que siempre aprendían alguna cosa. Otras noches, en cambio, se limitaba a amenizar la tareas nocturnas con su vieja flauta. Era un experto tocándola, aunque sus manos se cansaran pronto.



Pan-Fu era la persona más vieja de aquel pequeño pueblo de casi una docena de casas situadas cerca de uno de los afluentes del río Huang-He, en la actual China. Su familia se había establecido allí cinco o seis generaciones antes de que él naciera. Habían escogido ese lugar por el agradable clima, con inviernos y veranos suaves.

El río siempre bajaba cargado de carpas y arenques que el anciano cocinaba a la brasa adobado con hierbas. Pero ese afluente, además, atraía numerosos animales que su familia podía cazar y, en algunas ocasiones, incluso había empezado a domesticar. Como por ejemplo unos jabalís cada vez más

valientes delante de unos humanos que les daban los restos de comida que no podían aprovechar.

Los alrededores del poblado eran verdes y fértiles, allí crecían todo tipo de árboles frutales y también de cereales como el arroz y el mijo, nutritivos pero difíciles de digerir crudos. Por eso los molían y los tostaban haciendo una especie de pan. También había cáñamo y bambú del que extraían sus fibras para tejer ropa, calzado o hasta redes de pescar. Tampoco les faltaban materias primas con las que fabricar todo tipos de utensilios de barro donde guardaban harina, cereales y hasta un licor hecho de arroz y miel del que solo Pan-Fu conocía la receta.



